Gyulai estableció su cuartel general en Abbiatte Grasso; su ala derecha se apoyaba en el pueblo de Magenta, su centro entre aquel punto y Rebeco, y él tomó posicion en la estrema derecha de su ala izquierda.

El objeto de este jefe era cubrir su línea de operaciones desde Mortara á Vigevano y ocupar los dos caminos que conducen desde el Ticino á Milan. En la línea de defensa se reunieron hasta 60000 hombres, pero es un hecho omitido en las relaciones italianas y francesas, que un gran número de aquellas no llegó hasta última hora del dia de la batalla, á causa de haber dado Gyulai una contraórden el dia anterior.

El general enemigo se proponia cortar la línea de los franceses desde los puentes de San Martin y Bufalora, á fin de aislar las tropas que habian cruzado el rio, pues de este modo obligaba á los italianos y al segundo cuerpo de ejército francés á retroceder hasta Turbigo.

Los austriacos ocuparon una cordillera de tal modo, que Magenta venia á ser la llave de su posicion. Toda aquella parte del pais estaba cubierta de viñedos, de pequeñas capas de campo con sus verdes jardines, de magníficos arrozales, y de espeso bosque, formando entre todo, un conjunto por demás pintoresco; á lo lejos destacábanse orgullosas las elevadas cimas de los Alpes; la temperatura era dulce y suave; la campiña aparecia cubierta de una alfombra de esmeralda, y la naturaleza toda parecia sonreir, precisamente cuando iba á correr la sangre de miles de hombres, animados por el espíritu de la destruccion y la muerte.

En frente de la posicion austriaca, deslizábase tranquila la corriente del Ticino y paralela con esta, corrian las aguas del Naviglio Grande; un poco mas allá veíase la línea del ferro-carril, cerca de la cual ocupaban varios puntos los austriacos.

En la mañana del dia en que tuvo lugar la batalla, los aliados buscaban á sus enemigos sin saber á punto fijo donde encontrarlos, pues el Emperador estaba resuelto á comenzar el ataque donde quiera que se hallasen, con el objeto de que se desmoralizaran las tropas, se introdujese la confusion entre los jefes, y se produjera un movimiento en la poblacion de Lombardia, á fin de entorpecer la retirada del enemigo.

El general Mac-Mahon, seguido de los cazadores de la guardia y de todo el ejército de Cerdeña, emprendió la marcha hácia Bufalora y Magenta, sin saber que los austriacos se hallaban en este punto, y aquí notaremos de paso que las vacilaciones del general Fanti fueron causa de que no todas sus tropas llegaran á tiempo para contribuir á obtener el triunfo que se consiguió aquel dia, por manera que en los franceses recayó una parte de gloria mucho mayor de la que debieran alcanzar en la célebre batalla de Magenta.

En tanto que Mac-Mahon seguia la direccion indicada, el general Canrobert avanzó por la orilla derecha del Ticino, y Niel permaneció en Tracate esperando las órdenes imperiales.

Una parte de las tropas francesas se acercó sigilosamente al puente de Bufalora, destrozado en parte por los austriacos cuando pasaron por él, y se mandó á los ingenieros que echaran un puente por el cual atravesó el general Wimpffen con dos regimientos de granaderos de la guardia, á fin de reconocer cuidadosamente las posiciones del enemigo. Este jefe se aproximó tanto á las alturas, que consiguió apoderarse de dos piezas, las cuales fueron conducidas al hombro por varios soldados. Mientras que Wimpffen prestaba tan importante servicio, llegó el Emperador al puente, desde donde podia examinar muy bien las posiciones austriacas. Por la parte de Lombardia, veíase el pueblecillo de Bufalora á la izquierda; á la derecha el puente viejo y el nuevo de Magenta en el centro, y la cadena de colinas formaba un arco cuyo estremo era el camino que se corria por los arrozales. Napoleon contempló aquella pintoresca escena, realzada aun mas por la presencia de un brillante ejército, y se asegura que con notable sagacidad comprendió al momento cuales eran los puntos mas estratégicos y que movimientos deberian operarse para ganar el campo. Sin embargo, el plan de la batalla no fué suyo ni se le debió tampoco el resultado de la ejecucion; toda la gloria fué del general Mac-Mahon por mas que la presencia y energia de Bonaparte contribuyeran mucho al buen éxito de la jornada.

Lo primero que hizo el Emperador fué expedir una órden para que volviese Wimpffen del puente de Bufalora, pero antes que tuviera tiempo de adoptar otra disposicion, oyóse el estruendo de la artillería

en frente de Magenta, y en aquel mismo instante llegó Mac-Mahon, el cual habia resuelto atacar desde luego al enemigo, con esa actividad y energía que le caracterizaba. Al efecto, dispuso que el general Espinasse, seguido de la guardia imperial, marchase á destruir el caserío de Marcallo, á fin de dirigirse despues sobre Magenta, y el mismo Mac-Mahon avanzó hácia este punto, pasando con sus fuerzas por Bufalora.

Napoleon no sabia en detalle cual era el plan de su general, pero tenia tanta confianza en él, que le dejó la direccion de las operaciones, limitándose á facilitar el movimiento con una parte de su guardia, cuyo número no escedia de 5000 hombres. He aquí lo que dice Arrivabene al referir los detalles de aquella terrible jornada:

«La posicion ocupada por los austriacos en la tarde del cuatro, se extendia á lo largo de una cadena semicircular de colinas, con su derecha inclinada hácia Bufalora, su centro apoyado en Magenta, y su ala izquierda en Abbiatte Grasso; el Naviglio Grande se deslizaba entre dos elevadas orillas que cubrian en parte aquella formidable línea; delante y detras del puente de Magenta hay dos edificios, la estacion del camino de hierro y la aduana, y los cuerpos de ejército de Clam, Zobel, Schwartzenberg y Liechtenstein, ocuparon durante el dia aquellas posiciones.»

El conde está reconocido como un escritor imparcial, pero siendo al mismo tiempo un ardiente patriota, natural parece que trate de presentar á sus conciudadanos y á los aliados bajo un punto de vista el mas favorable. Del anterior estracto podria inferirse que en la tarde del dia de la batalla se hallaban reunidos al rededor de Magenta los cuerpos de ejército citados, ó su mayor parte, pero el conde ha incurrido seguramente en un error, pues los hechos están en contradiccion con su aserto. Basta recordar las órdenes que espidió Gyulai á sus generales, órdenes que segun hemos dicho ya fueron censuradas, y tener en cuenta que el jefe austriaco perdió lastimosamente el dia tres y la mayor parte del cuatro, para comprender desde luego que si todas las fuerzas enemigas hubiesen estado en Magenta, les habria costado á los aliados mucho mas cara la victoria. Cuando el conde de Arrivabene dice que á las dos de la tarde tenian los austriacos 60,000

hombres en su campamento, incurre en una equivocacion manifiesta, toda vez que el total de las fuerzas que tenia Gyulai disponibles para entrar desde luego en accion, no escedia en mucho de dicha cifra, y es cosa sabida que no recibió refuerzos hasta última hora. La mala direccion de las operaciones fué una de las principales causas por las que fué separado Gyulai del mando, y en prueba de esto citaremos un hecho que es muy suficiente para demostrar la exactitud de lo que decimos. En el momento en que los aliados atacaron, el conde Clam envió á pedir refuerzos á su jefe, manifestándole que las fuerzas que le asediaban no le permitirian resistir mucho tiempo, y tan urgente era el caso, que segun se asegura, el ayudante que llevó el parte, recorrió diez millas en 20 minutos para llegar á donde estaba el jefe. Gyulai leyó el parte, y contestó con la mayor impasibilidad: «Ahora voy á comer y despues daré las órdenes necesarias; podeis acompañarme si gustais.» El jefe comió en efecto tranquilamente mientras que Clam y sus cansadas tropas se batian á la desesperada para resistir el impetuoso ataque de los aliados, y de aquí resultó que cuando llegaron los refuerzos era ya *demasiado tarde*.

El plan de Mac-Mahon se llevó á cabo con singular actividad y sin igual energía.

Espinasse atacó furiosamente las posiciones que tenia el enemigo cerca del pueblo de Magenta, mientras que Mac-Mahon cruzó el puente de Bufalora á fin de reunirse con aquel jefe, y entre tanto el Emperador apoyó el movimiento con las pocas fuerzas que tenia á su disposicion, en las que figuraban los guardias y las tropas de Wimpffen. La lucha fué larga y obstinada; este último general se vió rechazado una y otra vez por fuerzas superiores, y solo las brillantes cargas á la bayoneta impidieron que fuese arrollado por el enemigo. Regnault de Saint-Jean d'Angely, el gefe de los Guardias Imperiales, se vió acosado de tal modo por sus adversarios, cuyo fuego destructor diezmaba las filas de los franceses, que envió á su ayudante á decir al Emperador, que sus tropas no podian mantenerse mas tiempo en su posicion para apoyar á Espinasse. «Decidles, contestó Napoleon, que *es preciso* que conserven su posicion.» Los soldados de Espinasse obedecieron, y aun cuando la órden del monarca costó muchas víctimas, consiguióse al fin la victoria.

Los austríacos habian apagado el fuego de las baterias de Espinasse, que á duras penas pudo conservar su posicion frente á Magenta, mientras arreciaba la pelea en otros puntos, pero á las dos horas, oyéronse tronar de nuevo los cañones franceses. Era que Mac-Mahon se habia reunido ya con Espinasse, y marchando sobre el pueblo de Magenta, atacaba las posiciones que tenian los austriacos cerca de Ponte-Nuovo; este general arrolló con irresistible energía cuanto se le opuso al paso, y su atrevido movimiento, del que no se daba cuenta el enemigo, bastó para que Sait-Jean d'Angely y Espinasse salieran de la crítica posicion en que se hallaban.

Los franceses llegaron al fin al pueblo de Magenta, en cuya inmediacion habia dos grandes edificios, perfectamente fortificados y defendidos por los mejores cazadores del Tirol. Esta posicion fué atacada furiosamente, pero la resistencia no pudo ser mas vigorosa, y muchos franceses é italianos cayeron para no volver á levantarse mas, diezmados por el certero y terrible fuego del enemigo. Los austriacos se batian desesperadamente, y merced á la llegada de algunos refuerzos, pudieron prolongar la defensa, que acaso habria sido mas eficaz, si Gyulai hubiese destacado á tiempo dichas tropas. La obstinacion del enemigo solo sirvió para inflamar el ardor de los aliados, que venciendo todos los obstáculos y atravesando por entre montones de cadáveres, heridos ó moribundos, cayeron sobre los austriacos cuando la artilleria hubo reducido á escombros los dos edificios citados; el pueblo, las casas, los almacenes, y hasta la estacion del ferro-carril, todo quedó envuelto en un mar de llamas, y en medio de aquella destruccion espantosa y de aquella horrible carniceria, alcanzó Mac-Mahon la mas brillante de sus victorias.

Este general hizo prodigios de valor, que admiraron á todo el ejército; Canrobert y Niel, cumpliendo con las órdenes del Emperador, cruzaron á poco el rio por el puente de Bufalora, por manera, que aun cuando Mac-Mahon no hubiese podido combatir por sí solo a enemigo, le habrian auxiliado estos dos gefes con sus numerosas tropas. Saint-Jean d'Angely tomó inmediatamente, atacando con sus fuerzas, la parte de la línea enemiga que daba frente á la posicion ocupada por él, y de este modo impidió que el general Clam se corriese á

la derecha para salvar á Magenta. Al llegar Gyulai al campo de batalla, la primera necedad que cometió fué espedir un parte á Viena, en el que anunciaba que estaba alcanzando un señalado triunfo, y despues, aunque las tropas desalojadas de Magenta eran diezmadas lastimosamente por la artilleria de la Guardia Imperial, Gyulai dispuso que atacasen á Ponte-Veccgio, con objeto de apoderarse del puente de Bufalora y aislar una parte del ejército francés. Precisamente cuando los austríacos iban avanzando con singular arrojo á paso de carga, llegó el general Trochu con su division, y entonces ordenó Canrobert que sus tropas atacasen al enemigo, lo cual se hizo con tal energia, que este último se vió precisado á retroceder, mientras que Trochu, adelantando siempre, fué á situarse á unas 1000 varas de línea de Magenta. Gyulai ordenó que el regimiento del Gran Duque de Hesse cubriera la retirada á fin de abandonar el campo de batalla, y á fé que aquellos soldados hicieron un heróico esfuerzo para conseguir el objeto apetecido, pero fueron arrollados completamente, sin poder resistir el torrente de fuego que barria el camino por donde huian á la desbandada los destrozados austriacos. La batalla estaba ganada; Mac-Mahon habia conquistado una nueva corona de gloria y en aquella ocasion probó que era uno de los mas bravos y hábiles generales de Europa.

Los austriacos dejaron en el campo 6000 muertos y 4000 prisioneros, sin contar los muchos heridos que se habian llevado ya, pero tambien las pérdidas de los franceses fueron considerables. El general Espinasse, que tanto se habia distinguido, cayó muerto de un balazo; el intrépido general Cler, cuyo valor escitó la admiracion en Crimea, sufrió la misma suerte, y no se comprende como Mac-Mahon pudo escapar ileso, tanto mas cuanto que se habia precipitado en lo mas recio del combate y se le vió siempre animando á sus tropas desde el momento en que se incendió el pueblo de Magenta. Los franceses tuvieron 4250 bajas entre muertos, heridos ó estraviados.

El Emperador encontró á Mac-Mahon en el pueblo al dia siguiente, y estrechándole la mano le dijo: «General, ayer hicísteis prodigios; hoy sois mariscal y duque de Magenta.» No se puede negar que Francia sabe recompensar dignamente los servicios de sus súbditos.